

Capítulo XI

EL sepulcro vacío (2)

Encuentro con los ángeles

En el caso de que acepten la existencia de un sepulcro vacío, los críticos radicales suelen explicar este hecho de varias maneras: las mujeres se confundieron de tumba aquella mañana del domingo; todo fue un engaño debido al robo del cadáver por parte de los discípulos (Reimarus); Jesús no había muerto realmente en la cruz y fue capaz de vivir algún tiempo (Paulus, 1761-1851); el cadáver fue trasladado de sepultura... Como vemos, estas conjeturas se originan en dos hipotéticas líneas fundamentales, muy similares a las que aportaban para negar la muerte de Jesús en la cruz: la confusión, y el engaño.

También observamos —una vez más— cómo los escépticos dan vueltas y vueltas en torno al más mínimo detalle que les pueda dar esperanza para demostrar sus teorías apriorísticas de negación de los Evangelios, forzando hechos, retorciendo argumentos y pretendiendo evitar sibilamente todo aquello que se opone a sus hipótesis.

Como es habitual, los especialistas «incrédulos» también se basan en las discrepancias y contradicciones que hay en los relatos evangélicos sobre el sepulcro vacío para negar su verosimilitud, en especial las divergencias que hay a la hora de describir las visiones que experimentaron los seguidores de Jesús en torno al sepulcro vacío, las cuales tuvieron como protagonistas a mujeres: Mateo cita a un ángel, que para Marcos es un joven, en Lucas son dos hombres, y finalmente en Juan son dos ángeles. Ante tal cantidad de divergencias, algunas difíciles de armonizar, muchos ven en esto una prueba de que estos relatos no son documentos históricos. Si a esto se añaden rocas que se mueven solas, extraños ángeles que aparecen y desaparecen, terremotos misteriosos colocados justamente en los momentos de mayor clímax, el resultado final parece ser una atmósfera más legendaria y mitológica que histórica.

Un hecho central en la historia de la resurrección de Cristo lo constituyen las visitas de las mujeres a su tumba, pero los Evangelios también difieren a la hora de explicar cuántas visitas hubo, en qué momento se produjeron, cuántas mujeres eran, y cuál era la identidad de las mismas. En Marcos 16,1 se dice que eran tres mujeres: María Magdalena, una segunda María, y Salomé; en Mateo 28,1 se afirma que eran solamente dos: María Magdalena y otra María; el grupo lo forma un número indeterminado en Lucas 24,10: María Magdalena, María la madre de Juan, Juana de Cusa, y otras mujeres que no se nombran; María Magdalena es la única protagonista de la visita en Juan 20,1.

Las discordancias entre los sinópticos son tan acusadas, que ni siquiera sobre la hora en que se produjeron las visitas hay unanimidad entre los evangelistas. Aunque para Mateo y Lucas tuvieron lugar al alba, Juan escribe que todavía estaba oscuro cuando llegaron, mientras que Marcos dice que lo hicieron después de amanecer.

También los Evangelios están en desacuerdo sobre el punto de si hubo o no guardia custodiando el sepulcro de Jesús. Sólo Mateo (27,62-66) menciona que había un cuerpo de guardia, mientras que Marcos, Lucas y Juan no comentan nada al respecto. Es más, en Marcos y Lucas las mujeres que van a la tumba al amanecer del domingo no esperan encontrar ninguna guardia, y su única preocupación consiste en el problema de cómo moverán la piedra de la entrada.

Reimarus, en los fragmentos póstumos publicados por Lessing, insiste en las contradicciones de los relatos pascuales de los Evangelios —diez por lo menos— para mantener las habladurías de los judíos —los discípulos robaron por la noche el cuerpo de Jesús— como la única hipótesis fiable sobre el sepulcro vacío.

Estas discrepancias surgen a partir de las dos distintas fuentes tradicionales que se utilizaron: una habría sido utilizada por Marcos y Mateo (y en parte también por Lucas), mientras que la otra correspondería a la narración de Lucas y Juan. Por otra parte, también aquí habría que tener en cuenta, al igual que en el resto de los textos evangélicos, las diferentes perspectivas redaccionales de los evangelistas, en las cuales se proyectaron distintas intenciones apologéticas. Pero en el fondo del problema está la tradición sólidamente establecida de que al alba de aquella mañana del domingo el sepulcro estaba realmente vacío.

Con todo, las narraciones sobre el sepulcro vacío presentan bastantes coincidencias entre los evangelistas, debido posiblemente a su dependencia de Marcos. Las narraciones sobre las apariciones, en cambio, presentan bastantes más discordancias y contradicciones.

Una primera explicación muy simplista es la de la confusión, que argumenta que las mujeres pudieron ir perfectamente a la tumba equivocada, ya que había muchas tumbas excavadas en los alrededores del Gólgota, y en la luz incierta del amanecer pudieron entrar en otra que estaba vacía, ya que en las cercanías del Gólgota había bastantes sepulcros, algunos de los cuales podrían haber entrado en desuso debido a su proximidad a un lugar de ejecución, considerado como maldito. Por añadidura, no hay constancia de que las mujeres participaran en la sepultura de Jesús, y lo más probable es que asistieron al sepelio a una cierta distancia, como se recoge en Mc 15,47 lo cual pudo inducir las a error a la hora de identificar el sepulcro exacto, cuando en la oscuridad que precede al alba era difícil distinguir la tumba de Jesús de otras que probablemente habría en las inmediaciones.

Así que el sepulcro vacío pudo haber sido una tumba abandonada antes de usarse. Animados por su renacida esperanza ante las apariciones de su Maestro, los apóstoles pudieron dejarse llevar por su entusiasmo y, necesitados de un sepulcro vacío para fortalecer su fe, identificaron como perteneciente a Jesús una tumba equivocada, que estaba vacía porque aún no había sido usada.

Pero seguro que Simón Pedro y Juan no se equivocaron de tumba cuando, tras oír a las mujeres, fueron ellos mismos allí para comprobar si su testimonio era exacto. Pedro no estuvo en la tumba durante la sepultura, pero Juan sí, y por eso fue el que llegó primero, seguramente para marcar el camino a su amigo.

Además, en el caso hipotético de que las mujeres hubieran errado el lugar de la tumba, nada más los guardias que custodiaban el sepulcro informaron al Sanedrín de los extraños sucesos que habían tenido lugar allí, los líderes judíos no habrían tardado en

dirigirse la tumba correcta y mostrar el cadáver de Jesús en caso de que aún siguiera allí.

De todos modos, aun cuando todos hubieran estado equivocados, había una persona que jamás hubiera cometido ese error: el dueño de la tumba, José de Arimatea, que habría resuelto terminantemente el problema. Además, no hay que pensar en que hubiera muchas tumbas en las cercanías del Gólgota, como si fuera un cementerio de una ciudad moderna en la actualidad. El sepulcro de Jesús estaba en una propiedad privada, en un huerto, por lo que hubiera sido muy difícil confundir este sepulcro con otros, que seguramente tendrían una fisonomía totalmente distinta.

¿Había alguien en el sepulcro cuando fue visitado por las mujeres? ¿Qué —y a quién— vieron las mujeres cuando llegaron allí? Las versiones tampoco coinciden en este punto: en Marcos se trata de un hombre joven que estaba dentro de la tumba (16,5); en Mateo 28,2 se trata de un ángel que aparece durante un terremoto, hace rodar la piedra y se sienta fuera; para Lucas, cuando las mujeres entran en la tumba aparecen repentinamente dos hombres, pero no queda claro si dentro o fuera del sepulcro; Juan dice que las mujeres no entraron en la tumba, pero que había dos ángeles sentados dentro del sepulcro.

En cuanto al ángel que encontraron, la crítica racionalista conjetura que podría tratarse seguramente de un joven —¿un discípulo o seguidor que se había adelantado a las mujeres? ¿El jardinero?— que les indicó su error —«No está aquí: mirad el lugar donde le han puesto» (Mc 16,6)— a la vez que les señalaba el lugar correcto del enterramiento. Pero las mujeres, en vez de seguir las indicaciones del joven, corrieron despavoridas. No es difícil imaginarse a ese extraño personaje corriendo tras las mujeres a voz en grito, mientras éstas huían aterrorizadas ante aquella sorprendente y amedrentadora presencia.

En cuanto al interrogante sobre la verdadera identidad de ese personaje, es absurdo suponer que aquel joven era el jardinero o el guardián de los sepulcros. Como ya expusimos en el primer volumen de nuestro trabajo¹, hay también quien identifica a este «ángel» con el «joven desnudo» de la escena del prendimiento. Sea lo que fuere, no podía estar trabajando a una hora tan temprana, cuando aún estaba oscuro. Además, las vestiduras blancas que llevaba ese personaje no eran el mejor traje de faena.

Para Pagola, la presencia enigmática de esa figura en el sepulcro, lejos de ser anecdótica, constituye la verdadera clave de las escenas que tienen lugar en el sepulcro al ser visitado por las mujeres, ya que ese personaje hace de «heraldo» de la resurrección, que es proclamada por el mensaje que dirige a las mujeres más que porque el sepulcro no custodiase ya ningún cadáver: «Una lectura atenta del relato permite leerlo desde una perspectiva que va más allá de lo puramente histórico. En realidad, lo decisivo en la narración no es el sepulcro vacío, sino la “revelación” que el enviado de Dios hace a las mujeres. El relato no parece escrito para presentar el sepulcro vacío de Jesús como una prueba de su resurrección. De hecho, lo que provoca en las mujeres no es fe, sino miedo, temblor y espanto. Es el mensaje del ángel lo que hay que escuchar, y, naturalmente, esta revelación exige fe. Sólo quien cree en la explicación que ofrece el enviado de Dios puede descubrir el verdadero sentido del sepulcro vacío».²

¹ LAUREANO BENÍTEZ, JOSÉ ANTONIO BENÍTEZ, *op. cit.*,

² JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *op. cit.*, p. 390.

Sin embargo, en este texto Pagola manifiesta sus dudas sobre que los hechos sucedieran así, al aventurar que la escena no es una «información histórica», sino más bien una metáfora de la primitiva predicación cristiana, llegando a insinuar que ese «joven» sería algo así como una personificación del «kerigma»: «Es difícil, pues, llegar a una conclusión histórica irrefutable. Lo que podemos decir es que el relato no hace sino exponer de manera narrativa lo que la primera y segunda generación cristiana vienen ya confesando: “Jesús de Nazaret, el crucificado, ha sido resucitado por Dios”. En concreto, las palabras que se ponen en boca del ángel no hacen sino repetir, casi literalmente, la predicación de los primeros discípulos [...] Más que información histórica, lo que encontramos en estos relatos es la predicación de los primeros cristianos sobre la resurrección de Jesús. Todo hace pensar que no fue un sepulcro vacío lo que generó la fe en Cristo resucitado, sino el “encuentro” que vivieron los seguidores, que lo experimentaron lleno de vida después de su muerte»³.

El continuo protagonismo de las mujeres en relación con el sepulcro vacío y las primeras apariciones del Resucitado es una evidencia indiscutible de que la resurrección de Cristo no fue una manipulación de los apóstoles para encubrir el robo del cuerpo de Jesús. De todos es sabido que en la cultura judía de aquella época el testimonio de la mujer no valía nada, era totalmente inservible jurídicamente, hasta el punto que las mujeres no podían ser testigos de ningún juicio ni proceso. Porque, como dice el Libro de los Proverbios, «son necias, alborotadas, todo simpleza» (9,13); o porque, como aconseja el Eclesiastés, «encontré algo más amargo que la muerte: a la mujer que es una trampa, que por corazón tiene una red y por brazos tiene cadenas. Quien agrada a Dios se libraré de ella, pero el pecador caerá en sus redes» (7,26). A la ley de testigos explicada en Dt 19,15, Flavio Josefo añade lo siguiente: «Que no se acepte de mujeres prueba alguna, a causa de la ligereza y temeridad de su sexo»⁴.

«¡Y sin embargo, las que en Israel no podían dar testimonio de nada, en el Evangelio dan testimonio de todo! ¡Son precisamente las mujeres las que fundamentan la veracidad de todo el Nuevo Testamento! ¿Qué quiere decir esta paradoja?: los evangelistas, en su afán por respetar escrupulosamente la verdad de la historia, no dudan en hacer a las mujeres garantes del testimonio sobre la resurrección: ¿inventó la comunidad, por conveniencia, unos textos que ella misma se hubiera mostrado reacio a admitir? Casi parece que estuviera diciendo: “Así fue como sucedió... ¿qué otra cosa podemos hacer?”»⁵.

Por esta razón, se hace difícil entender que los apóstoles difundieran la noticia de la resurrección a través de un grupo de mujeres, sabiendo que nadie iba a tomarlas en serio ni a dar la más mínima credibilidad a su testimonio. Ni siquiera los mismos apóstoles creyeron a las mujeres cuando les refirieron la asombrosa noticia, pues «las palabras de ellas les parecieron puros cuentos» (Lc 2,11). Si la supuesta resurrección de su Maestro era solamente una conspiración para embaucar a las gentes, los conspiradores habrían puesto como protagonistas a los hombres, no a mujeres. Sin ir más lejos, sólo tenían que echar mano del prestigioso José de Arimatea, que estaba bastante disponible después de que le hicieron participar activamente en la sepultura de Jesús.

³ *Ibid.*

⁴ FLAVIO JOSEFO, *Ant. IV*, 219.

⁵ VITTORIO MESSORI, *op. cit.*, P. 53.

N.T. Wright, en su obra *La resurrección del hijo de Dios*, expone un conjunto de sucesos a los que llama «hechos sorprendentes» en relación al sepulcro vacío. El último de ellos, y el más claro, es la extraña presencia de las mujeres en estas historias: «La idea se repite una y otra vez en el ámbito de la investigación, pero no siempre se ha llegado a percibir su repercusión completa: Las mujeres sencillamente no eran aceptables como testigos legales. Podemos lamentarlo, pero es así como funcionaba el mundo judío (y la mayoría de nosotros). El debate entre orígenes y Celso pone de manifiesto que los críticos del cristianismo podían echar mano del relato de las mujeres para burlarse de la historia entera. ¿Ignoraban los autores de la leyenda cual podría ser la relación probable? Si pudieran haber inventado una historia en las que los primeros en llegar a la tumba hubieran sido testigos varones excelentes, cabales y fiables, lo habrían hecho. Que no lo hicieran nos dice, o bien que todo el mundo en la iglesia primitiva sabía que las mujeres encabezadas por María Magdalena fueron de hecho las primeras en llegar al lugar de los hechos, o bien que la Iglesia primitiva no estaba tan llena de inventiva como los críticos han imaginado habitualmente, o ambas cosas a la vez. ¿Habrían sido los evangelistas tan servilmente necios como para copiar la historia, a menos que estuvieran convencidos de que, pese a ser un hándicap apologético, era históricamente fidedigna?»⁶.

Aparte de las dudas relativas a quiénes eran, y qué iban a hacer realmente en el sepulcro la mañana del domingo, lo que resulta sorprendente es que aparecen insertas en los relatos pascuales como auténticas protagonistas, hasta el punto de que reciben la primicia de la resurrección. Este hecho inusual no hace sino confirmar la antigüedad de estos relatos, pues es bastante improbable suponer que se incluyeron en la tradición después de la época de Pablo, para quien la primera aparición tuvo como protagonista precisamente a Pedro, la figura de más relevancia entre los discípulos, y no cita para nada a las mujeres. Consolidado el magisterio paulino, y sus conocidas ideas sobre las mujeres, resulta complicado imaginar la inclusión posterior de estas escenas pascuales que les dan un papel relevante. A pesar de que no sepamos con exactitud cuándo se empezaron a redactar estas historias pascuales, ineludiblemente debemos remontarnos más allá de Pablo, hasta un período más primitivo, antes de que hubiera el suficiente tiempo como para reflexionar y tergiversar las historias.

Los profanadores de tumbas

La hipótesis más popular entre los judíos a la hora de refutar la resurrección de Jesús fue la denuncia de que su cuerpo había sido robado de la sepultura por sus discípulos, proclama que tuvo tanto éxito que sigue en plena vigencia en los tiempos actuales, quizá porque es la que salta al entendimiento de forma más «automática», porque es la más «lógica» para los incrédulos. Realmente, todos los apóstoles pensaban que ésa había sido la causa, hasta el punto de que la primera testigo del sepulcro vacío, María Magdalena, creyó inmediatamente que «se habían llevado a su Señor» (Juan 20,3).

¿Quién o quiénes fueron los autores de ese robo? Las sospechas recaen en primer lugar, como es lógico, en los seguidores de Jesús, pero también acusan a los mismos

⁶ N. T. WRIGHT, *op. cit.*, p. 741.

judíos y romanos y, ¿por qué no?, a simples delincuentes comunes profanadores de tumbas.

Empecemos por el jardinero, de quien se conjetura que pudo ser el protagonista de la sustracción, aunque por motivos tan retorcidos que caen en la más pura comicidad. Tertuliano recoge con ironía esta hipótesis cuando dice que el sepulcro estaba vacío porque el jardinero, previendo que la tumba iba a convertirse en lugar de veneración, y esto atraería mucha gente que le estropearía sus plantas, ¡decidió cambiar el cadáver de sitio!: «Este es aquel a quien sus discípulos robaron secretamente para que se dijera que se había levantado, o que el hortelano puso en otro lugar, ¡con el fin de que sus lechugas no fueran dañadas por las multitudes de visitantes!»⁷.

El *Toldot Yesh'u*, un documento judío de contenido anticristiano de carácter satírico, cuya datación parece remontarse a la antigüedad tardía, relata novelescamente el robo del cadáver por parte del jardinero en sus capítulos 13-14: «En el primer día de la semana (domingo) sus seguidores —vestidos de negro— acudieron a la reina Shalminon Alexandra con la noticia que el que fue muerto era realmente el Mesías y que no estaba en su tumba, que había ascendido al cielo como lo profetizó. Y se hizo una diligente búsqueda y no se encontró en la tumba donde había sido enterrado.

(Sin embargo) Yehudah el jardinero lo había sacado de la tumba y lo había traído a su jardín y lo enterró en la arena sobre la cual pasaban aguas negras del jardín, “como era usual en él” [...] Y cuando el guardián del jardín vio al R'Tanjuma caminar en el campo y lamentándose por el ultimátum de la reina, el jardinero le contó lo que había hecho, con el fin de que los seguidores de Yeshu no robaran el cuerpo y luego demandaran que ascendido al cielo».

Otros autores sostienen que fue el mismo José de Arimatea quien robó el cadáver porque, después de pensárselo mejor, decidió que era una mala idea tener en su tumba familiar el cuerpo maldito de un crucificado, lo cual sería una falta de respeto para sus futuros ocupantes. Si fue él quien robó el cuerpo, ¿por qué lo hizo de noche, y por qué no informó a los discípulos?

Si fueron las autoridades judías o romanas las que cambiaron el cuerpo de sitio, ¿por qué, cuando los discípulos anuncian la resurrección, no explicaron que habían sido ellos quienes habían tomado el cuerpo con el fin de demostrar que su predicación era fraudulenta?

Pero todos los focos de la sospecha iluminan, lógicamente, a los seguidores de Jesús, los cuales pudieron haber tramado una conspiración fraudulenta que les dio los frutos apetecidos.

Sin embargo, esta hipótesis está carente de toda sensatez, a poco que se reflexione sobre ella. Estamos ante un grupo acobardado y temeroso de discípulos, que abandonaron a su Maestro durante su arresto, que permanecieron encerrados a cal y canto en un cubículo desde ese momento hasta después de la resurrección; que carecían de armas, de cualquier estrategia «militar», y de la necesaria capacidad de organización para cometer un hecho de esa magnitud; que no eran delincuentes, ni estafadores, ni mentirosos, ni manipuladores, tal y como demostraron en su vida posterior, llena de una fuerza ética irresistible y de unas virtudes evidentes; personas que, como dijimos más

⁷TERTULIANO, *De Spectac.*, 30.

arriba, fueron capaces de arrostrar peligros innumerables, torturas inconcebibles por defender su creencia... todos estos factores hacen inviable que se pueda mantener el robo del cuerpo como explicación para la tumba vacía.

Es inconcebible, en suma, pensar que un grupo abatido y deprimido de apóstoles son capaces, repentinamente, de armarse de valor, ir al sepulcro, enfrentarse a los soldados, sustraer el cadáver, y posteriormente dejarse martirizar para defender su engaño.

Un grupo de personas que había huido cobardemente, que había abandonado a Jesús sin ningún pudor, y que permanecían escondidos, asustados y timoratos, jamás podría haberse enfrentado a un destacamento de soldados en esas circunstancias. No tenían ni el ánimo, ni la fe, ni la energía, ni los recursos necesarios para acometer esa aventura. Si lo hubieran hecho, alguno habría resultado muerto, y sabemos de sobra que ningún discípulo falleció en esos días. Por otra parte, de haberse producido ese supuesto ataque a la guardia, seguramente Pedro habría sido uno de los cabecillas, dada su impetuosidad, y resulta extraño entender cómo un discípulo que niega a su maestro temblando de miedo ante la pregunta de una sirvienta, es capaz, horas después, de sufrir una metamorfosis tan radical como para aventurarse a luchar con soldados romanos profesionales.

En caso de que se hubiera perpetrado un robo del cadáver, y que los apóstoles hubieran sido los autores de este delito, todo el peso de la justicia romana habría caído sobre ellos. Sin embargo, los apóstoles pudieron predicar libremente en las plazas, dando un testimonio valiente de la resurrección de Jesús, sin ningún miedo a que el poder romano cayera sobre ellos. ¿Habría Pilato consentido que un grupo de delincuentes que habían atentado contra la autoridad de Roma predicara tan libremente, y se mostrara tan abiertamente sin hacerles pagar por su delito? El caso es que nadie, ni el Sanedrín ni Pilatos, hicieron nada contra ellos. Es más, y aunque no hubiera habido guardia, ninguno de aquellos timoratos discípulos habría usado jamás desafiar la autoridad de Roma rompiendo los sellos del procurador, que garantizaban la inviolabilidad de la tumba.

Por otro lado, la mentira que trabaron los dirigentes judíos se cae por su propio peso: si los guardias estaban dormidos, era evidente que no podían saber quiénes habían sido los autores del robo, así que no podían decir que habían sido los discípulos.

Llama sobremanera la atención el hecho de que, a pesar de que los guardias sobornados dijeron que fueron los discípulos los autores de la sustracción del cadáver, ningún discípulo fue arrestado. Hubiese sido muy sencillo, ya que eran conocidos, detenerlos y obligarles a presentar el cuerpo, para acabar de un plumazo con todos aquellos rumores sobre la resurrección, pero no fue tal cosa lo que pasó, pues nadie presentó una acusación contra ellos.

«Aun cuando esta historia (la del robo) fue con posterioridad la opinión que prevaleció entre los judíos, sin embargo, no se hace mención de ella ni una vez en los juicios que en Jerusalén se les siguieron a los apóstoles, por causa de su valiente y abierta proclamación de la resurrección de su Maestro. A pesar de que los apóstoles fueron citados ante el mismo cuerpo que había originado el informe del robo por parte de los discípulos, ni siquiera una vez se les carga con tal crimen; ni un susurro se escapa

de los labios del Sanedrín sobre el tema; y pronto la historia fue abandonada como insostenible y absurda».⁸

Añadamos la evidente incongruencia de un puñado de trastornados, o engañados con alucinaciones extrañas, que denuncian en la misma cara de quienes le habían crucificado que Jesús seguía vivo. Si a Jesús realmente le habían crucificado por la blasfemia de creerse hijo de Dios, también deberían haberlo hecho con aquellos enajenados que proclamaban, además de eso, que seguía vivo y sentado a la diestra de Dios. Los dignatarios de Israel podrían haber acabado con aquel movimiento insurgente de locos a través de la represión sangrienta, por supuesto, pero tenían otro medio mucho más sencillo: mostrar el cadáver de Jesús, u obligar a los discípulos a que confesaran dónde lo había escondido, en el caso de que lo hubieran robado.

También cabría preguntarse por qué iban a robar los discípulos el cuerpo de su Maestro, cuando ninguno de ellos creía ni por un momento en que éste iba a resucitar. Es inimaginable pensar que los apóstoles se llevaran el cuerpo de su Señor para después urdir un engaño argumentando que había resucitado, cuando tenemos evidencias incontestables de no creían en absoluto en la resurrección de Jesús. Su escepticismo e incredulidad eran demoledores. Si juzgaban una fantasía y una utopía la resurrección de Jesús, aunque Él mismo se lo hubiera anunciado en repetidas ocasiones, ¿por qué se iban a tomar la molestia de robar su cadáver de la tumba para hacer verosímil una profecía en la que no creían para nada? Las primeras reacciones de los discípulos al comprobar que la tumba estaba vacía fueron de temor (Mateo 28,5,8); de temblor y espanto (Marcos 16,8); de perplejidad (Lucas 24,4) y de burla e incredulidad (Lucas 24,11).

Porque si fueron ellos quienes robaron el cadáver, seguro que sería con la intención de proclamar después que se había levantado entre los muertos, pues otro motivo no tendrían. Además, los apóstoles podrían haber entendido más o menos el mensaje de Jesús, pero desde luego nadie puede demostrar que eran mentirosos, gente vil acostumbrada al engaño. Desde este punto de vista, resulta muy difícil de creer que se hubieran puesto repentinamente todos de acuerdo para ejecutar una conspiración de tanta bajeza como ésta. Además, si los discípulos hubieran efectuado el robo, éste tenía que haber sido perpetrado por el grupo en su totalidad, ya que si solamente hubieran participado unos pocos éstos habrían acabado contándose a los demás.

En resumidas cuentas, habremos de concluir afirmando que la teoría del robo del cadáver por parte de los discípulos es simplemente descabellada. Incluso muchos eruditos judíos ortodoxos han acabado por aceptar esta realidad, reconociendo que los discípulos eran demasiado honestos como para tramar un complot semejante.

El discípulo que sí creyó

Otra decisiva prueba que elimina la teoría del robo —fuese quien fuese quienes lo perpetraron— es la extraña y misteriosa disposición de los lienzos dentro de la tumba. Realmente, el sepulcro no estaba vacío, ya que todavía contenía los lienzos mortuorios.

⁸JOHN WHITWORTH: *Legal and historical proof of the resurrección of the dead*, Harnsburg, Publishing house of the united evangelical church, 1912.

La manera que tiene Juan de narrar su visita con Pedro al sepulcro, y la observación detallada de la posición de los lienzos fúnebres nos induce a pensar que estamos ante el testimonio indudable de un testigo ocular, que muestra información de primera mano, mediante la cual se sugiere que si creyó en la resurrección no fue por la ausencia del cadáver de Jesús, sino por la misteriosa disposición de los lienzos, que estaban colocados de tal manera que hacen imposible pensar en una sustracción del cadáver. El mismo Juan nos dice en su relato que, al ver la disposición tan extraña de estos lienzos, «vio y creyó»: «Pedro y el otro discípulo se dirigieron entonces al sepulcro. Ambos fueron corriendo, pero como el otro discípulo corría más aprisa que Pedro, llegó primero al sepulcro. Inclínándose, se asomó y vio allí las vendas, pero no entró. Tras él llegó Simón Pedro, y entró en el sepulcro. Vio allí las vendas y el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, aunque el sudario no estaba con las vendas sino enrollado en un lugar aparte. En ese momento entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; y vio y creyó». (Juan 20,3-8).

¿Por qué creyó Juan al ver la colocación de los lienzos? Aunque estudiaremos este tema en un capítulo posterior, adelantaremos aquí que fue porque esa extraña disposición demostraba incontrovertiblemente que el cadáver no podía haber sido robado, pues ningún ladrón se molesta en llevarse el cuerpo dejando luego los lienzos cuidadosamente enrollados, de manera que pareciera que el cadáver se hubiera esfumado, y mucho menos se toma la molestia de dejar el sudario que cubría la cabeza de Jesús cuidadosamente doblado «en un lugar aparte». Cirilo de Alejandría (376-444) sugiere que lo que convenció a los discípulos de la resurrección de Cristo fue la forma en que estaban dobladas los lienzos fúnebres.

En efecto, éstos no aparecían desordenados, sino perfectamente colocados, deshinchados, como si el cuerpo hubiera desaparecido de su interior, pasando a través de ellos. Esto es así hasta el punto de que Juan testimonia que el pañolón que cubría su rostro aparecía perfectamente doblado en un lugar aparte: ¿qué ladrón se había molestado en hacer eso? Esa manera meticulosa con que estaban colocados los lienzos no es propia de quien comete un delito de profanación de una tumba, ya que lo más lógico es suponer que si unos supuestos ladrones hubieran cogido el cuerpo, hubieran abandonado los lienzos desordenadamente, para huir rápidamente con el cadáver. Junto a esto, resulta del todo impensable que un posible ladrón o ladrones no hubieran utilizado el sudario para transportar el cuerpo. En caso de que hubieran empleado otro recurso para ese traslado, es problemático comprender cómo el lienzo apareció sin ningún rastro de manipulación. Si consideramos la posibilidad de que el robo hubiera sido perpetrado por amigos, no habrían dejado atrás los lienzos, aunque sólo fuera por tener un recuerdo del cuerpo de su Maestro.

También podemos colegir la realidad indubitable de que el sepulcro de Jesús estaba vacío a partir de indicios históricos que demuestran que los usos y costumbres de la primitiva comunidad cristiana expresaban una creencia en la resurrección. Por ejemplo, no hay ninguna evidencia de que los primeros cristianos veneraran la tumba de Jesús, yendo allí a rezar o a celebrar encuentros familiares, a pesar de que era una costumbre judía honrar las tumbas de profeta y mártires.

Desde la historia más temprana de Israel, una tradición sólida del judaísmo era la veneración de las sepulturas de patriarcas, profetas, mártires y santos, aunque no estuvieran vacías. Sin embargo, en el cristianismo no surgió ninguna actividad cultural en el sepulcro.

El protocolo funerario judío se asentaba sobre la antigua tradición semítica del enterramiento secundario, que tenía dos fases: la deposición del cadáver tras el fallecimiento, y la recogida de sus huesos y su custodia en un osario aproximadamente al año del óbito, el cual se colocaba en un nicho dentro del sepulcro. Esto era a lo que se llamaba «el segundo entierro». La costumbre anterior era colocar los huesos de otros difuntos familiares en un pudridero ubicado en la cámara funeraria, pero en la Jerusalén del siglo I los restos se guardaban en osarios en forma de arqueta, que solían llevar incisiones con el nombre del difunto. Acogiéndose a este protocolo funerario, hay autores que afirman que la celebración conmemorativa de la muerte de Jesús se realizaría en torno a la urna que contuviera los huesos, en vez de en el sepulcro de Jesús. Sin embargo, como pone de relieve Wright, no tenemos el menor indicio de que se realizara ese enterramiento secundario con Jesús, a pesar de que su primera inhumación se hizo con arreglo al protocolo funerario judío. En el caso de que la tumba no hubiera estado vacía, la costumbre había exigido cumplir el rito del segundo enterramiento con Jesús, justo en el momento en el que sus discípulos proclamaban a todo el mundo que Jesús habría resucitado, precisamente en el tiempo en el que Saulo de Tarso, un perseguidor de la Iglesia, tuvo su camino de Damasco, después del cual empezó a proclamar que Jesús había resucitado.

Junto a esta constelación de argumentos críticos para explicar la realidad el sepulcro vacío sin recurrir al «factor resurrección» que hemos expuesto hasta ahora, también se aducen por los escépticos un conjunto de «razones menores» con la misma finalidad, muchas de las cuales están fundamentadas en detalles tan nimios que estas teorías lo único que muestran a las claras es la tremenda obsesión de ciertos autores por rechazar desesperadamente la posibilidad de la resurrección, aunque eso les suponga caer en el descrédito y el ridículo. Como ejemplo, incluso el hecho de que Jesús no fuera sepultado bajo tierra, sino en una tumba excavada en una roca es motivo de sospecha para los que niegan la resurrección de Jesús, alegando que, al tratarse de una tumba espaciosa, habría suficiente aire para respirar (sic). Hay quien incluso afirma (Faber-Káiser) que la costumbre judía era rellenar los sepulcros con tierra, lo cual es falso.

Que la gran roca que cerraba el sepulcro estuviera apartada es también considerada una prueba por Faber-Kaiser de que Jesús no resucitó, ya que mover esa roca implicaba una fuerza física sólo atribuible a un ente corporal, a un cuerpo físico humano, mientras que sería una tarea imposible para una entidad exclusivamente espiritual. Pero ante esto cabría preguntarse cómo es posible que un hombre solo, y además bastante mal herido, pudiera rodar una roca que pesaba más de 500 kilos. En todo caso, este razonamiento parte de la suposición de que la resurrección de Cristo tenía que haber sido exclusivamente en forma espiritual, inmaterial, lo cual no sería una verdadera resurrección, ya que las entidades incorpóreas posmortem son manifestaciones habituales para todos los fallecidos, y no pueden considerarse resurrecciones en el pleno sentido de la palabra. En efecto, el verdadero milagro es que un fallecido vuelva a una vida corpórea, a encarnarse en un cuerpo físico.

A la luz de todas las reflexiones que hemos desarrollado en este capítulo, esperamos haber podido demostrar que ninguna de las explicaciones que esbozan los historiadores obsesionados con negar la resurrección de Jesús a partir del sepulcro vacío puede ser tomada demasiado en serio. De acuerdo con Wright, podemos concluir que, «sólo queda una conclusión histórica segura: la tumba estaba vacía, y tuvieron lugar varios

“encuentros” [...] Considero que esta conclusión entra dentro del mismo tipo de categoría que la muerte de Augusto en el año 14 d. C., que la caída de Jerusalén en el año 70 d. C., es decir, en la de una probabilidad histórica tan alta que prácticamente debe ser cierto».⁹

Con parecidas palabras se manifiesta Vermes Geza: «Cuando todos los argumentos se han considerado y sopesado, la única conclusión aceptable para el historiador debe ser que las opiniones de los ortodoxos, de los simpatizantes liberales y de los agnósticos críticos —e incluso quizá de los propios discípulos— son por igual simples interpretaciones del hecho único y desconcertante: a saber, que las mujeres que salieron a rendir los últimos honores a Jesús se encontraron, consternadas, no con un cuerpo, sino con una tumba»¹⁰.

Es realmente curiosa la aventura de Frank Morrison, un periodista inglés convencido de que la resurrección era un mito, hasta el punto de que se propuso escribir un libro para demostrarlo. Sin embargo, sus investigaciones le llevaron por derroteros totalmente insospechados, hasta el punto de que tuvo que desistir de redactar el libro que pretendía, escribiendo en su lugar otro con un contenido completamente opuesto, donde demostraba la veracidad de la resurrección con argumentos sólidos y muy de «sentido común», que le alejaba de las obras eruditas al uso. El título de la obra era revelador: *¿Quién movió la piedra?*¹¹, y aún más el subtítulo: *¡La cautivadora obra de un hombre que se dispuso a probar que la historia de la resurrección de Cristo no era más que una superstición... y acabó en cristiano fogoso!*

Morrison no es sino uno más de esos autores «incrédulos» convertidos en creyentes por la fuerza de los hechos, a condición de afrontar las investigaciones sin teorías preconcebidas ni puntos de vista excesivamente dogmáticos, que llevan a los investigadores a ver sólo aquello que les conviene para reforzar y «demostrar» sus hipótesis. Así, al final de su investigación, Morrison no tuvo más remedio que aceptar que su juicio preconcebido acerca de la resurrección de Cristo estaba equivocado. Su sorprendente conclusión final fue que Cristo realmente se había levantado de entre los muertos. Alcanzó esta creencia totalmente inesperada examinando precisamente con rigor todos los argumentos con los que tradicionalmente se pretendía demostrar la falsedad del mito de la resurrección.

Convencido de que la resurrección de Cristo no admitía discusión, su investigación la enfocó hacia otra meta: descubrir quién había movido la piedra. Responder a este interrogante equivale a preguntarse qué fue lo que realmente sucedió en aquel sepulcro de Jerusalén en la mañana del domingo 9 de abril del año 30.

La respuesta la encontraremos en una aparente paradoja: el sepulcro no estaba realmente vacío, y lo que había en su interior es justamente lo que demuestra por qué estaba vacío. Pero esto es otra historia, y la contaremos en el siguiente capítulo.

⁹ N. T. WRIGHT, *op. cit.*, p. 863.

¹⁰ VERMES GEZA, *Jesús el judío: los Evangelios leídos por un historiador*, Muchnik, Barcelona, 1997, p. 41, citado por Wright, p. 845.

¹¹ FRANK MORRISON, *¿Quién movió la piedra?*, Editorial Presencia, Bogotá (Colombia), 1977.

